

René Maheu

La cultura en el mundo contemporáneo

*Problemas
y perspectivas*

Unesco

Centre de documentation
d'Information et de Recherche
pour le
développement culturel

René Maheu

La cultura en
el mundo contemporáneo

*Problemas
y perspectivas*

Unesco

008
CUL

El Sr. René Maheu, Director General de la Unesco, ha redactado el texto siguiente, en cumplimiento de la petición formulada en la resolución 3026 A, titulada "Derechos humanos y progresos científicos y tecnológicos", que aprobó la Asamblea General de las Naciones Unidas en su XXVII periodo de sesiones; dicho texto se presentó a esa Asamblea en su XXVIII periodo de sesiones, en el documento A/9227.

Impreso en los talleres de la Unesco
París, noviembre de 1973

CLT/2.18/85

Hace falta ante todo ver con gusto la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas que es extremadamente oportuna. Con razón pone de relieve los problemas de la protección y del pleno desenvolvimiento de las culturas y los valores que encierran. Esos problemas merecen, por más de un motivo ser colocados en lugar preferente entre las tareas de los órganos que están encargados de fomentar y organizar la acción de la comunidad internacional en el sentido de la realización justa y armoniosa de las posibilidades humanas.

Posición del problema

Uniformación de las costumbres y pluralismo cultural

Como ciertos considerandos de la resolución parecen indicar, ¿es esencialmente, porque la diversidad de las culturas está amenazada de reducirse sino de quedar destruida por una tendencia general a la uniformización de los modos de vida por lo que, si no se le pone freno, esa tendencia puede convertirse en irreversible? El peligro existe sin duda alguna. Pero conviene no exagerarlo y sobre todo no precipitarse en transformarlo en una fatalidad, porque eso sería ipso facto agravarlo de un modo casi irremediable y condenarnos a un combate de retaguardia.

Por mi parte, aunque me doy claramente cuenta de la tendencia a la uniformación de las costumbres me producen en cambio mucho efecto los signos de una renovación y una intensidad indudablemente creciente de la vida cultural que se observa en todas partes en la

conciencia de los valores y en su expresión creadora. Es indudable que esos valores y esa expresión se transforman en muchos puntos y en muchos aspectos muy rápidamente. Y es que no sólo se encuentran frente a frente con la evolución de las costumbres, especialmente en la ciudad, sino que compiten vivamente entre ellos, por el hecho de que, por primera vez, están insertos en un sistema de comunicación total, cada vez más directo y complejo. Hay también que el movimiento de emancipación que ha llevado recientemente a tantos pueblos a la independencia política, ha dado a su creatividad un impulso extraordinario en el doble sentido de la investigación y de la reconquista de la identidad nacional y de la afirmación de sus intereses y de sus puntos de vista en el terreno internacional frente a las realidades y a los problemas más modernos. Creatividad que no tiene igual más que en la de la repulsa de la civilización industrial por parte de una cierta juventud de los países adelantados.

Por estas razones pienso que cuando se plantea la cuestión del porvenir de la diversidad de culturas hace falta no confundir la causa de su supervivencia con la de un estatismo que constituye la mayor debilidad de esa supervivencia. En esta perspectiva dinámica la tendencia al pluralismo cultural lejos de ceder terreno me parece, por el contrario, una de las principales características de la civilización planetaria que se está elaborando ante nuestros ojos.

La ciencia es un hecho cultural

¿Conviene, en cambio, afirmar la existencia de un vínculo, aunque sea indirecto entre la "aceleración del progreso científico y tecnológico" y "la decadencia de los valores artísticos y culturales que forman parte del patrimonio de la humanidad" así como la tendencia a la "uniformidad y a la monotonía de los modos de vida"? El primer considerando de la resolución toma al menos la precaución de distinguir entre el progreso científico y tecnológico y el uso que se hace de él, observando que ese uso puede contribuir, si está bien inspirado "al robustecimiento y a la difusión" de los valores de que se trata. La distinción es importante y el Director General de la Unesco no puede menos de recogerla con especial satisfacción. Lejos, desde

luego, de admitir que puede haber incompatibilidad entre el progreso científico y el desenvolvimiento cultural, la Unesco -y ésta es la originalidad profunda de su proyecto- les une a los dos indisolublemente en una misma aspiración, en un mismo movimiento de pleno desenvolvimiento humano que deja entendida la acción formativa de la educación y de la información. En realidad la esencia de la ciencia -entiendo por ello el espíritu científico y la acción que la caracterizan- es un hecho cultural en el sentido más exacto del término: quiero decir una libre adhesión a ciertos valores que obligan a elegir entre las múltiples y diversas actitudes posibles que el espíritu puede tomar frente a la naturaleza y frente a sí mismo, del propio ser y de los demás.

Es cierto que esos valores exigen que se sobrepase todo lo que es objetivo es decir personal, en la experiencia, para llegar a una objetividad cuya dimensión y cuyo alcance son universales. Pero esta universalidad, categoría del conocimiento, deja íntegra la rica diversidad de lo real en el objeto que ella trata de explicar lo mismo que en el sujeto al que se esfuerza por llegar en condiciones que son específicas de cada uno. No hay ninguna razón para temer que la generalización del espíritu científico entrañe por sí solo una uniformización de los modos de vida, dejando aparte las exigencias de una cierta técnica y de una cierta ética de la investigación que ninguna cultura puede rechazar sin apartarse al mismo tiempo de la empresa la más ampliamente abierta del espíritu humano.

La utilización de la ciencia y de la tecnología la ponen sobre el tapete menos que a la cultura

En cuanto a la utilización -que es especialmente importante por lo que respecta a la tecnología, y en la que se manifiesta el formidable poder que la ciencia da al hombre sobre la naturaleza- dejando aparte que no ponen en duda a la propia ciencia ni incluso a la tecnología, puesto que ellas no son en este caso más que los instrumentos de decisiones que les son extrañas, ¿qué cosa hay en el principio de la larga serie compleja de esas decisiones si no una determinación cultural? Porque, en definitiva, es indudablemente por referencia, más

o menos consciente y explícita a valores aceptados o impuestos, como se explican y, si es del caso, buscan una justificación a la elección que hacen los hombres políticos, los economistas, los técnicos -sin olvidar a los hombres de ciencia cuya participación es siempre necesaria y cuya responsabilidad por consiguiente, como hombres y como ciudadanos, no es nunca nula- entre varias conductas posibles que respondan a otras tantas utilizaciones diversas del mismo conocimiento científico, del mismo poder tecnológico. De suerte que con la utilización de la ciencia y de la tecnología pasa lo mismo que con la de la ciencia pura: es un hecho cultural. En ese sentido se puede decir que una sociedad posee la ciencia, la tecnología y la utilización de una y otra que ha escogido su cultura.

Penetremos pues en esa realidad cultural, dominio de los valores en que el hombre encuentra, con las normas y las justificaciones superiores de sus pensamientos y de sus actos, la manera de dar sentido a su vida; y tratemos de responder a la pregunta que hace la resolución sobre los problemas de la protección y del pleno desenvolvimiento de esos valores.

La protección de los valores culturales

Ante todo, ¿hace verdaderamente falta empezar por la protección? La respuesta no es tan evidente como pudiera parecer porque muchos vacilarían con razón en adoptar, ya en el principio, una actitud de culto exclusivo del pasado frente a la cultura, cuya naturaleza y funciones no se pueden separar del devenir creador del hombre. La cultura es indudablemente memoria y tradición de lo adquirido pero no es menos invención y búsqueda del porvenir. Sin embargo, pensándolo bien, creo que, efectivamente, en las condiciones actuales hay razones muy valiosas para plantear primero la cuestión de la protección de los valores culturales; son las graves perturbaciones de que esos valores son actualmente objeto.

Las perturbaciones debidas a la explosión demográfica y a la expansión de las comunicaciones y de las informaciones

La primera está en que vivimos en una época de evolución acelerada, e incluso de profundas transformaciones. Estas mutaciones se deben esencialmente a la explosión demográfica y a los progresos de la tecnología. No daremos de ello más que dos ejemplos de entre los más

espectaculares: la urbanización y el desarrollo de los transportes y de las comunicaciones. Aunque se manifiestan primeramente en el plano material, esas mutaciones de las condiciones de existencia de los hombres no dejan de tener repercusiones considerables en su vida moral. Así, en las grandes ciudades, la dislocación de las relaciones entre las generaciones en el seno de la familia, y de las relaciones de vecindad entre individuos pertenecientes a grupos diferentes. Así también la brusca fragmentación de los horizontes tradicionales bajo el peso del volumen de informaciones que los grandes medios de comunicación difunden cotidianamente, sobre la vida de nuestros contemporáneos en el mundo entero y al prodigioso desarrollo del turismo internacional. Las condiciones en que se efectuaba hasta ahora la concretización de la conciencia cultural y la transferencia de los valores, que eran las de un proceso de comunicación que se realizaba poco a poco, dentro del marco intimista de un diálogo de persona a persona, son de esa manera radicalmente transformadas, si no brutalmente destruidas. Así se comprende, que la protección de los valores culturales existentes esté gravemente perturbada.

Así será mientras que no se establezca un nuevo régimen con la creación de un sistema de relaciones y de comunicaciones, no ya a la escala del individuo, sino a la escala de las masas, que en las multitudes llegaría hasta los individuos. Este es el afán a que han de aspirar actualmente los grandes medios de información. La selección para ellos no está tanto entre la diversión y la educación como entre condicionamiento y cultura. Sólo hay cultura donde la persona puede vivir, y no puede vivir sin un mínimo de libertad. Condenar en bloque la utilización de los grandes medios de información con el pretexto de que no tienen suficientemente conciencia de sus responsabilidades, o de que son totalmente indiferentes a las consecuencias de su acción en la suerte de la cultura y de su existencia, sería indudablemente injusto. En realidad vemos que se multiplican en todas partes, ingeniosos esfuerzos para hacer intervenir los grandes medios de comunicación en empresas de auténtica aculturación en que la persona, arrancada a su soledad, gracias a la identidad del mensaje o del espectáculo dirigido a la multitud, a la calurosa fraternidad, al vivificante diálogo humano. Pero hay que reconocer que esto sigue siendo una excepción. Lo más a menudo es que trate más bien

de condicionamiento: comercial, político, ideológico, es decir, de alineación cultural, de desculturación pura y simple.

Sin duda para escapar a este invasor sistema de comunicación destructora vemos que se organizan, principalmente entre los jóvenes, pero también en ciertos medios de adultos, redes de compensación y de evasión para mantener la comunicación entre las personas, sin la cual no hay vida cultural, y se multiplican los medios y las modalidades de información, de viaje, de concertación y de investigación que se pueden calificar perfectamente de "salvajes", pero cuya eficacia no deja de ser cierta. Desde luego, esas redes, esos medios, esas modalidades, sirven raras veces a la cultura establecida, pero no es eso lo esencial; lo esencial es que contribuyan a preservar una vida cultural. Por ello, merecen que las tenga en cuenta como modelos aplicables en otras circunstancias.

La reducción del espacio espiritual

El segundo factor que ejerce acción contraria a la preservación de los valores culturales es el desmoronamiento general de la importancia atribuida a las realidades espirituales. El movimiento nació en los países industrializados, pero tiende a generalizarse porque los países en desarrollo adoptan, sin discernimiento ni adaptación suficiente, los modelos de desarrollo de los países industrializados. Ese modelo se caracteriza por una excesiva preferencia atribuida a los componentes económicos de un proceso que, para merecer plenamente el nombre de desarrollo, ha de englobar la totalidad de las necesidades, de las capacidades y de las aspiraciones del hombre. De ahí han salido sociedades en que el afán de crecimiento, de producción y de consumo tienden a prevalecer sobre todas las demás preocupaciones. Se busca sobre todo el poder, la comodidad o el bienestar. Esta deformación es lo que constituye la causa de la mala utilización de la ciencia y de la tecnología. En cuanto a la cultura, fuera de que ese ambiente no puede, a largo plazo, dejar de envilecer su inspiración creadora o de empujarla hacia la impugnación sistemática, sus productos, incluso los más auténticos, son recuperados en el circuito económico, en el que su valor comercial, obedeciendo a consideraciones en parte extra estéticas, oculta en cierto modo su valor y su

función culturales. Pensemos, por ejemplo, en el comercio de obras de arte: ¿cuántos cuadros hay sepultados en las tinieblas de las cajas fuertes de los bancos?

La cultura comparte así la suerte común de todo lo que no se puede realizar más que a favor de una cierta distancia mantenida en el hombre, entre el sujeto y el agente. Esta distancia que rechaza, a veces sólo un instante, pero a veces toda la vida, la conquista práctica de lo real (lo que, en realidad, es una huida apenas disfrazada de sí mismo, simiente de lo humano perdida en el universo); puede ser el desapego de la contemplación, el retroceso de la reflexión crítica, el rechazo de la ascesis moral o religiosa, el vuelo de la creación artística, la pura extensión de la objetividad científica: es exactamente el espacio espiritual. Donde este espacio no existe, el espíritu no puede vivir y el hombre deja de dominar su destino. Para él deja de haber valores y no hay más que máquinas; en último extremo de esta situación, él mismo es una máquina: máquina para agotar su vida.

Pero precisamente porque la civilización industrial reduce cada vez más el espacio espiritual, esa civilización es actualmente impugnada, sobre todo entre los jóvenes. Piénsese lo que se quiera de sus manifestaciones, hay que comprender que esa crítica que conduce a veces a la impugnación y a veces a la evasión es, en el fondo, de orden esencialmente cultural. Es un reflejo de la preservación de la dimensión cultural de la vida.

La impugnación de la cultura establecida y el rechazo de la herencia

Pero no por ello ese movimiento se ejerce tanto - ¿hace falta decirlo? - en el sentido de mantener los valores culturales establecidos. Todo lo contrario, la impugnación de que se trata engloba en un mismo repudio y a la vez, la civilización industrial, factor de alineación cultural y los valores culturales establecidos, así como sus productos y modos de expresión reconocidos, porque constituyen un sistema de falsas apariencias y de justificaciones abusivas destinado, quiérase

o no, a servir de justificación del orden económico-social del que dimana la civilización industrial y del que es objetivamente solidaria. A lo que aspira, sin haber podido precisar aún su sentido y menos aún los medios para realizarla, es a una nueva civilización postindustrial y a una nueva cultura, con sus valores y sus modos de expresión originales.

Entretanto, el repudio se va acentuando. Por encima del presente, afecta al pasado, considerado como tal y tomado en bloque. No nos engañemos; una cierta juventud rechaza la herencia cultural: no ésta u otra parte de ella, no éste o el otro aspecto del legado de las generaciones anteriores, sino el hecho mismo de esta herencia, como punto de partida y condición previa de su propia búsqueda. Y, al mismo tiempo, todo lo que en la cultura es tradición adquirida, conservación de los vestigios de otro tiempo y búsqueda de un progreso continuo, es rechazado como un peso muerto o como un factor de inautenticidad actual. Aunque sea minoritaria, esa actitud extrema no deja de ser un signo de los tiempos que confirma, además, la crisis por que atraviesan las disciplinas históricas. Lo mismo que el dogma del progreso, el historicismo -esta otra columna del humanismo del siglo XIX- es decir, la creencia en un devenir humano creador, a la vez contingente y continuo, ha caído en desgracia, en provecho de una visión de los fenómenos sociales dominada por un juego de estructuras y un movimiento dialéctico en que el hombre, en su duración y con su libertad, es puesto entre paréntesis. En este punto, la pasión por la arqueología no nos ha de engañar; se trata, casi siempre, del gusto a favor de un exotismo anacrónico que, lo mismo que las divagaciones imaginarias suscitadas por la conquista del espacio, responde esencialmente a una necesidad de evasión: lo contrario de la verdadera cultura.

Las observaciones que preceden muestran a la vez la dificultad y la necesidad de lograr una buena protección de los valores culturales, incluso de la propia vida cultural. Indican también la naturaleza de las fuerzas y de los movimientos que amenazan a esa protección y contra las cuales hace falta precaverse. Pero esta situación no contiene, ni mucho menos, sólo aspectos negativos. Paralelamente a los factores desfavorables que se acaban de señalar, los hay también

propicios a la preservación de los valores culturales, que no se han de dejar de lado.

Un factor favorable : la vuelta a sus orígenes de los países que han logrado recientemente la independencia

Lo más prometedor, a mi entender, es la importancia cada vez mayor que los pueblos que han recobrado recientemente la independencia dan a la investigación, a la consolidación y al robustecimiento de su autenticidad cultural como base esencial de la restauración y de la afirmación de su identidad nacional. Con la expansión acelerada de la educación, esa "vuelta a los orígenes" de las culturas autóctonas, alteradas, a menudo profundamente y de todos modos siempre colocadas en estado de inferioridad por la dominación colonial, o incluso sólo por el contacto brutal con culturas extranjeras investidas de poderío tecnológico, ha constituido uno de los rasgos principales de las consecuencias inmediatas de la descolonización. Porque es indiscutible que la causa de la cultura y la de la libertad no son más que una.

Este movimiento, que se manifiesta sobre todo en el prestigio recobrado por las lenguas, las artes y el folklore nacionales, a veces se lleva hasta los excesos de una reacción arcaizante. Eso acontece en ciertos países donde la colonización había casi aniquilado las culturas nacionales o locales. Pero esos casos son hoy bastante raros y por lo general la restauración cultural toca más a los medios de expresión que al temor del mensaje cultural propiamente dicho. Lo que puede ser interpretado, probablemente, como indicación del deseo de permanecer dentro de la corriente de la actualidad. Es también significativo el hecho de que la mayoría, si no todos, los países colonizados han integrado en la realidad concreta de sus actuales culturas ciertas aportaciones de la cultura de la antigua metrópoli consideradas positivas y particularmente útiles para una participación activa en la civilización moderna, tales como, por ejemplo, el empleo de una lengua de gran difusión, la educación científica y la formación tecnológica, cierta concepción o cierta práctica del derecho o incluso una ideología o una tradición política. En ambos casos se

trata de expresivos ejemplos de protección de los valores culturales en el más amplio y mejor sentido del término.

El pluralismo cultural

Esos hechos ilustran sobre todo una tendencia que se manifiesta en una escala mundial y por la que es natural que nos felicitemos: la tendencia a multiplicar los centros y modelos culturales dentro de un sistema planetario de comunicaciones y de intercambios cada vez más denso aunque no aún coherente. La nueva vitalidad de que dan pruebas las culturas antiguas de ciertos países del Tercer Mundo, hace poco oprimidos o ignorados aún, y la pujanza de afirmación en el terreno internacional que les ha dado la independencia, conducen a un pluralismo espiritual que contrarresta en el plano fundamental de los valores, la tendencia a uniformar los comportamientos, resultante de la expansión irresistible de la civilización técnica. El estado actual de la humanidad no permite prever, con alguna certidumbre, cuál de esas dos corrientes prevalecerá. De donde la ambigüedad de nuestras situaciones concretas. Por lo menos se puede considerar el pluralismo cultural como un factor positivo de equilibrio lo mismo que de fecundidad creadora. Cabe también alegrarse de que, lejos de conducir a la fragmentación del mundo por el repliegue de las diversas culturas sobre sí mismas, ese pluralismo va acompañado, por el contrario, de una apertura, profundamente deliberada, hacia los contactos y los intercambios, mostrando así, una vez más, que la independencia y la autenticidad no excluyen en modo alguno las interdependencias, sino que constituyen más bien las únicas bases sobre las cuales esas interdependencias se pueden desarrollar con toda sinceridad.

Las culturas minoritarias

Vayamos más lejos. En estas materias, lo que es cierto en el plano internacional lo es también en el nacional. En la nación como en el mundo, toda cultura viva tiene derecho a ser protegida a fin de que pueda realizar todas sus potencialidades humanas. Una cultura es esencialmente una cierta manera de ser hombre, y toda cultura que

languidece, a menos que sea reemplazada por una nueva cultura que la integre, provoca un empobrecimiento de la realidad humana.

El caso de las naciones pluriculturales -quiero decir, las que se reconocen políticamente como tales- merece a este respecto una atención especial. La tendencia que manifiestan cada vez más no sólo a reconocer, es decir, a institucionalizar su pluralismo cultural constitutivo -sobre todo en el terreno lingüístico- sino incluso a favorecerlo, y las medidas innovadoras que se toman para ello en un número cada vez mayor de países merecen ser más conocidas. Porque ¿cuál es la nación, aunque esté organizada en Estado centralizado, que no es pluricultural hasta cierto punto? Fuera de toda acción política, se podría concebir un esfuerzo internacional de promoción intelectual o ética a favor de la protección de las culturas minoritarias, que se apoyase en los diversos ejemplos y modelos que se pueden observar en ciertos países.

Por último no hay que olvidar que las fronteras nacionales, incluso las que están sometidas a los más rigurosos controles políticos o económicos, han dejado de ser impermeables a la penetración de las culturas extranjeras con el desarrollo de las telecomunicaciones electrónicas, y sobre todo con el advenimiento de las telecomunicaciones por medio de satélites. Frente a esas posibilidades técnicas de una ilimitada expansión, para bien o para mal, las culturas nacionales dominantes de todos los países se encuentran en la misma situación que las culturas minoritarias de esos países con relación a las culturas dominantes. Vemos ya que se esboza un movimiento encaminado a buscar en un sistema de nociones y de prácticas adoptado por la comunidad internacional, los principios reguladores de las corrientes de difusión y de intercambios de información que aseguren al mismo tiempo que la fecundidad de los contactos interculturales la protección de la diversidad de culturas. Todo induce a pensar que ese movimiento englobará en un mismo afán de protección a todas las culturas minoritarias y mayoritarias. Para las organizaciones internacionales, es esta una ocasión excepcional para mostrar su utilidad, y hasta la necesidad de su acción normativa.

El pleno desenvolvimiento de los valores culturales

No es posible concebir la protección y el pleno desenvolvimiento de los valores culturales como términos distintos y aún menos opuestos, de una problemática contrastada. Uno y otro, por el contrario, se insertan en un sistema complejo de interrelaciones estrechas y constantes que hacen de ello un verdadero continuum lo mismo en la acción que para la reflexión. En realidad, piénsese lo que se quiera sobre la cuestión profundamente controvertida del "progreso cultural", no cabe duda de que la evolución de los valores no es nunca en ninguna parte la de una progresión unilineal partiendo de una base estática, que sería la cultura establecida, tomada en un momento dado. La razón de ello está, por una parte, en que toda preservación es una activación de los valores culturales existentes que se puede extender hacia nuevas perspectivas y, por otra, en que toda creación o intervención entraña e incluso impone que se analicen de nuevo valores y expresiones consagradas, lo que puede llevar a revisiones más o menos profundas.

De este modo, los esfuerzos que se multiplican en diversos países para evitar que los barrios históricos de las grandes ciudades sufran los efectos destructores de una expansión económica desordenada, sin dejar de integrarles en la vida moderna, no se deben sólo al deseo de conservar un decorado tradicional por el que se siente un apego sentimental, sino que muestran también -y esta es su significación más interesante- una voluntad de encontrar nuevas fórmulas de urbanismo que, uniendo dentro de la organización material de una misma comunidad los testimonios prestigiosos del pasado y las empresas más dinámicas del presente, preparan la ciudad del mañana. Se trata en verdad de la renovación del equilibrio urbano. Del mismo modo, la acción de la Unesco para defender el patrimonio cultural de la humanidad no tiene por objeto ni por efecto principal salvar vestigios inanimados, por valiosos que sean; a lo que tiende esencialmente es a crear un espíritu nuevo para construir el porvenir suscitando en torno a la noción de un patrimonio común la toma de conciencia concreta de la solidaridad intelectual y moral de la humanidad a través del tiempo y del espacio.

Recíprocamente, toda evolución constructiva de los valores entraña una revisión del orden existente. No hay nada más opuesto al afán de un pleno desenvolvimiento de una civilización impregnada del sentimiento de la dignidad espiritual del hombre que un conservadurismo empeñado en mantener lo adquirido, ya que el hombre es una creación perpetuamente renovada.

El desarrollo cultural, dimensión esencial del desarrollo integral

La noción de desarrollo cultural considerada como dimensión esencial del desarrollo integral, busca fundar ese movimiento creador en la mayor participación posible de la sociedad para beneficio de ésta en su totalidad. Esta idea, que hizo su aparición con el éxito que es sabido en el terreno de los acuerdos entre los gobiernos durante la Conferencia Intergubernamental sobre las Políticas Culturales organizada por la Unesco en Venecia en 1970, despliega su rico contenido en una triple dirección.

Revisión humanista de la noción de desarrollo mediante la introducción de la cultura

En primer lugar, tiende a extender y a rectificar la concepción demasiado economista del desarrollo que dominaba hasta ahora, introduciendo en ella la cultura concebida a la vez como un comportamiento específico con sus necesidades propias y como un sistema de valores que impone sus exigencias morales generales. Esta revisión de la noción de desarrollo, que se afirma cada día más, marca una evolución decisiva de las reflexiones sobre nuestra civilización, que ha de satisfacerlos y que importa proseguir resueltamente.

Durante demasiado tiempo, es verdad, el desarrollo estubo reducido a la expansión económica. Esta constituye sin duda alguna un elemento fundamental y necesario del desarrollo; necesario, pero no suficiente. El contenido humano del desarrollo se sitúa exactamente al nivel de la orientación y del empleo de dicha expansión con el objeto de satisfacer las necesidades y las aspiraciones de las

colectividades y de los individuos. Y esa orientación, ese empleo con fines de índole esencialmente sociocultural, proceden de opciones políticas en el sentido más amplio y más noble del término, o sea de opciones que, poniendo en juego la suerte de la sociedad, trascienden considerablemente de lo económico. Sin hablar de la repartición de la renta nacional bruta entre las diversas categorías de la población, que muestra que el desarrollo es al menos tanto una cuestión de justicia -a saber, un problema moral- como una cuestión de creación de riqueza -es decir, un problema técnico- digamos de una manera general que en todas circunstancias e incluso en el caso de la peor, la indigencia, el mejoramiento de la condición humana no se reduce a un simple aumento de los recursos, sino que exige ante todo un progreso en la calidad de la vida. La famosa fórmula, "no se trata de tener más, sino de ser más", resume esto admirablemente.

Pero esas expresiones "calidad de la vida", "ser más" sólo tienen sentido frente a un sistema de valores que es el único que permite de medir el uso que hace el hombre de su existencia. La cultura es, justamente, el tesoro de esos valores y el principio de su perpetua renovación. Se ha dicho y repetido, con razón, que el hombre es a la vez agente y el fin -el alfa y el omega- del desarrollo. La cultura se sitúa también en los dos horizontes del desarrollo, de salida y de llegada, porque el hombre es motivado como ser cultural, y por ello actúa, y se fija un objetivo y orienta su acción. Esta concepción humanista del desarrollo, que no niega ni ignora de manera alguna - ¿hay necesidad de repetirlo? - la necesidad del crecimiento económico, sino que la engloba y la pone en su lugar -el primero, pero no central- dentro de un conjunto más vasto en que el hombre encuentra de nuevo la integridad de su naturaleza y de sus aspiraciones, ha de dominar en adelante nuestra acción en materia de desarrollo. Tal, a mi juicio, es la idea-fuerza en la que debe inspirarse el Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo, el cual se distinguiría así del primero, en el que predominaron con demasía las consideraciones puramente económicas.

La cultura, necesidad y bien de todos

Pero, la revisión que entraña la noción del desenvolvimiento cultural en la concepción de la cultura no es menos importante que la que acabamos de señalar en la concepción del desarrollo. Desde el momento en que la cultura es reconocida como un componente, y un componente esencial, del proceso del desarrollo, es evidente que ha de ser concebida como esencial para la comunidad de su conjunto, lo mismo que el desarrollo. La inserción de la dimensión cultural en el desarrollo da por resultado, como hemos visto, que el desenvolvimiento se abra al hombre por entero. Recíprocamente, la concepción de la cultura como un aspecto del desarrollo tiene como consecuencia que la cultura se abra a todos los hombres. Se ha terminado ya de considerar la cultura como un lujo.

No, la cultura no es un lujo. Es cierto que el ocio crea condiciones especialmente favorables a la contemplación, el estudio y al disfrute de sus obras, pero la creación y la comprensión de esas obras pueden existir lo mismo en la adversidad que en la vida fácil. Es indudable que los momentos que se pueden dedicar plenamente a la cultura para satisfacción íntima poseen una suerte de gracia sublime que los hacen resaltar sobre la monotonía de la existencia ordinaria y de la dura labor cotidiana. Todas estas cosas dan la idea de una condición privilegiada. Pero la cultura, lo mismo que la ciencia o la propia acción, no se pueden reducir a esos instantes de felicidad gratuita. Tomada en su realidad extensa y multiforme, la vida cultural es una dimensión de la vida que está presente -de manera objetiva o consciente- en toda condición humana.

La razón de ello está en que el hombre encuentra en los valores que ella contiene, junto con la justificación de su irreductible dignidad, los motivos de sus opciones ante los problemas últimos de la vida y de la muerte.

Como dije ya este verano ante el Consejo Económico y Social, cuando la racionalización científica y técnica del trabajo y la uniformidad del medio ambiente despersonalizan al individuo, la cultura es para cada uno, poder recordar la identidad y la capacidad de crear y

de expresar. Cuando los nuevos sistemas de comunicación en gran escala someten al individuo a un aluvión de informaciones indistintas que lo transforman en un espectador pasivo, la cultura es para cada uno el medio de situarse en el mundo, de apreciar el acontecimiento y de reaccionar. Cuando la carrera al consumo hace del individuo un ser condicionado, la cultura es, para cada uno, el medio de elegir, de rechazar toda sumisión, de preferir la reflexión al reflejo. Cuando la urbanización separa al individuo de sus raíces y de sus tradiciones, la cultura es poder restablecer los vínculos con el patrimonio propio recogiendo al mismo tiempo el patrimonio cultural de la humanidad. Por último, cuando el hombre se pregunta qué es lo que hace en la tierra, la cultura es lo que le puede orientar para encontrar una respuesta.

En esta perspectiva, no hay ya sitio para una concepción elitista de la cultura. Ni se reduce a algunos momentos de íntima satisfacción, ni es tampoco patrimonio de una minoría privilegiada.

Hay desde luego una sociología y una historia de la cultura, como de todo comportamiento humano, y una y otra muestran que cada grupo o clase tiene su personalidad cultural y que, en consecuencia, la clase o el grupo dominante tienden a imponer su cultura. Incluso cuando el vencedor asimila la cultura del vencido porque esa cultura posee un grado superior de complejidad y de refinamiento, es fácil discernir modificaciones más o menos importantes que son otros tantos signos de una apropiación por medio de la cual el vencedor manifiesta su dominación y deja que se manifieste la utilización de la cultura para confirmar y enraizar esa dominación. Lo que se denomina cultura establecida es siempre la proyección de una supremacía étnica, social o política en el terreno de los valores y de los modos de expresión.

Eso es indudable. Pero el hecho de que la vida cultural participe en la dinámica social -sin que se hayan, desde luego, de poner por ello entre paréntesis los principios y los factores específicos de su devenir propio- no contradice en modo alguno la afirmación en la que quiero insistir, la de que la cultura es una dimensión de toda condición y de toda experiencia humana. Muy al contrario, la confirma

concretando esa dimensión mediante su inserción en el movimiento de la historia. Y aún más: el hecho de que, en toda sociedad, el elemento dominador tenga su cultura propia, cuya situación privilegiada quiere conservar y cuyo prestigio quiere extender, no significa que los demás componentes de la sociedad sean arrojados fuera de la cultura. Todo lo contrario, en y por su vida cultural pueden adquirir mejor conciencia de su condición ambigua e inestable, hecha en parte de participación y de alineación, de realización y de frustración. Este hecho plantea sencillamente el verdadero problema, que es el de la democratización de la cultura.

La democratización de la cultura es una consecuencia, o más bien un aspecto primordial de la noción del desenvolvimiento cultural. Este se basa en realidad en el reconocimiento del derecho a participar en la vida cultural como un derecho esencial del hombre, y no tiene otro objeto que el de fomentar y facilitar su aplicación efectiva en condiciones óptimas. Ese derecho encontró su primera expresión en el artículo 27 de la Declaración Universal de Derechos Humanos, pero se percibió inmediatamente su alcance exacto. Durante mucho tiempo no sólo parecía designar facilidades bastante vagas, sin que se comprendiese bien a que exigencias fundamentales respondían y menos aún por qué medios podían ser prácticamente dadas a todo el mundo. Hoy día se ve bien que se trata de una reivindicación esencial, y si sus múltiples y diversas consecuencias requieren ser objeto de análisis y de detenidas reflexiones para hacer sistemáticamente explícito su rico contenido, al menos se empieza a captar su sentido general, que es el de una liberación integral del hombre. La juventud no se ha equivocado: la libertad y el pleno desenvolvimiento de la vida cultural figuran en primer término de sus aspiraciones.

La política cultural

En fin, se ven mucho mejor las responsabilidades que ello entraña para los poderes públicos en lo que respecta a la organización y a la acción social destinadas a dar verdadera efectividad a ese derecho.

En realidad, desde el instante en que el acceso, o mejor aún, la participación en la vida cultural están reconocidos como un derecho

del hombre que cada individuo de una colectividad constituida puede reivindicar por su cuenta, ocurre forzosamente que los responsables de esa colectividad tienen el deber de crear, en toda la medida de sus posibilidades las condiciones indispensables para el ejercicio eficaz de ese derecho. El fomento de la vida cultural de la nación entra de esta manera dentro del marco de las funciones del Estado moderno. Ha terminado en este punto como en muchos otros el "laissez-faire" en el que los favores de un mecenazgo más o menos ilustrado bastaban para dar al poder una reputación de bienhechora apariencia. Frente a unos problemas de justicia -quiero decir de satisfacción de los derechos del hombre- que son también problemas de masa y que por ello hacen intervenir consideraciones de recursos y de organización en gran escala, los gobiernos han de tener una política cultural como tienen una política económica, una política social, una política fiscal, una política de la educación, de la ciencia, etc. En una palabra: un designio cuyos objetivos se armonicen con las necesidades y las aspiraciones de la comunidad y ponga en práctica medios que permitan alcanzarlos.

Esta noción de política cultural, que responde a la del desenvolvimiento como la voluntad responde al deber, es de importancia capital. Marca una evolución decisiva en la concepción de las relaciones entre el Estado y los ciudadanos lo mismo que en la concepción de la cultura. La Unesco se honra en haber favorecido en este punto la toma de conciencia y en fomentar su explicitación.

Pero que se nos comprenda bien. No se trata en absoluto de que el Estado determine el contenido de la cultura ni de que se pronuncie sobre el valor de las diversas manifestaciones y producciones a través de las cuales se manifiesta y menos aún de que oriente o influya en la creación. No hay nada más opuesto a nuestra manera de pensar y al sentido de nuestra acción. Lejos de prestarnos a una justificación indirecta del dirigismo cultural del Estado queremos por el contrario, en esta ocasión, denunciarlo categóricamente, como uno de los mayores males de nuestro tiempo, lo mismo por su injerencia en la libertad de los creadores que por los obstáculos que opone deliberadamente a la difusión de las obras. La vida cultura exige libertad de investigación, de crítica, de invención, de expresión, de

comunicación. Y si extendemos las funciones del Estado hasta el desenvolvimiento cultural, no es para someter la espontaneidad de éste a los imperativos de aquél. Es, por el contrario para que los inmensos recursos y el poder omnipresente del primero estén al servicio del dinamismo del segundo y de la mayor participación de la población en sus realizaciones. Una política cultural digna de este nombre no consiste en fabricar una cultura de Estado sino al contrario en favorecer el florecimiento de los valores y de las aspiraciones culturales de la comunidad en su fecunda diversidad para que inspiren la acción del Estado en todos los dominios.

Las consideraciones que preceden tienen por objeto definir una posición general referente a los problemas del pleno desenvolvimiento de los valores culturales que, a nuestro modo de ver, es aplicable a todos los países. Conviene, sin embargo, si se quiere llevar el análisis más adelante, distinguir, también ahí, entre las condiciones propias de los países industrializados y las peculiares de los países en vías de desarrollo porque precisamente la resolución de la Asamblea General nos invita a interrogarnos sobre el porvenir de esos valores, a partir del impacto de la ciencia y de la tecnología cuya misma desigualdad forma el principio de esa categorización.

EL CASO DE LOS PAISES INDUSTRIALIZADOS

Por un humanismo científico que permita la aculturación de la tecnología

En los países industrializados donde ese impacto es más fuerte -hasta el punto de hacerse podido definir su civilización como una civilización técnica- el problema es el de la aculturación de la tecnología: esta tecnología de la que, incluso los que discuten más ásperamente los beneficios que produce, saben perfectamente que el progreso y la expansión son irreversibles. Por aculturación entendemos aquí la integración de la realidad social de la tecnología en su doble aspecto intelectual y práctico, en un sistema de valores que lo justifica y le da su pleno sentido.

No es ello lo que ocurre, ni de lejos, siquiera en las sociedades más adelantadas, con el conjunto de la población. Para una gran mayoría la tecnología es esencialmente un poder, a propósito del cual no se plantean cuestiones ni sobre las modalidades de su utilización ni sobre su eficacia. El valor de esta eficacia en lo que constituye las razones de vivir y nos sirve de guía en nuestras determinaciones esenciales, permanece generalmente tan oscuro como el movimiento de la inteligencia que constituye su principio.

Hay aculturación cuando el espíritu somete a su interrogación crítica y a su decisión de asimilarlo o de rechazarlo ese poder que, como poder en su estado puro, nos domina más que nos sirve, como una segunda naturaleza que hubiéramos creado para doblar la fatalidad de nuestros destinos. Pero no hay que decir que esto no significa forzosamente que la tecnología quede sometida sólo a los criterios de los valores existentes. Fruto del movimiento de la ciencia, la tecnología es por sí misma un hecho de progreso; es pues en una perspectiva de progreso y no de estabilización estéril como se ha de lograr la integración de la tecnología en la cultura. Lo que equivale a decir que la cultura ha de llegar al estado intelectual y al grado de organización que ha permitido la aparición de un cierto estado de la tecnología, para comprenderla en el sentido pleno de esta palabra, explicarla, justificarla, asimilarla y no inversamente.

Por ello conviene llevar las cosas al principio que es la ciencia. Es preciso que se comprenda mejor el sentido humanista de la ciencia mediante una educación científica generalizada y sobre todo más profunda lo mismo de los adultos que de los jóvenes, que insista en el espíritu científico, en la disciplina intelectual y moral que lleva consigo, en la prolongada acción a través de las edades que realiza, por último, en las modificaciones que produce en el conjunto de la personalidad y en su actitud frente a sí mismo y frente al mundo. Cuando se haya comprendido que el hecho de la civilización de la ciencia responde menos al poder que a la inteligencia e incluso que a la conciencia moral, la tecnología se integrará dentro de un contorno ético que asegurará su dominio al servicio del hombre. En realidad falta mucho aún para que las sociedades, aún las más modernas, hayan entrado ya enteramente dentro de la civilización

científica. Las capas más profundas del espíritu, precisamente aquellas en que toman raíz y se alimentan los valores culturales pertenecen a otras estructuras mentales y proceden de otras edades, algunas muy antiguas. ¡Cuántos instruidos incultos hay entre nuestros contemporáneos! ¡Y cuántos hombres cultivados carecen de verdadera instrucción moderna! Una de las causas fundamentales de nuestras incertidumbres y nuestras ansiedades, de nuestras incapacidades y nuestros tormentos, está en esas divisiones internas de nuestras personalidades espirituales.

Las perturbaciones del ambiente cultural

El otro de los grandes problemas que se plantean en los países industrializados respecto del porvenir de la cultura y de sus valores actuales es el de las transformaciones que el desenvolvimiento desordenado de la industrialización, imponen al ambiente en que vive el hombre. Transformaciones rápidas, brutales y en ciertos aspectos ya irreversibles, las más espectaculares de las cuales son las que se producen precisamente en el medio ambiente cultural.

Por medio ambiente cultural se entiende el que la acción del hombre ha mediatizado, incluso creado, organizado de pies a cabeza, llenándole de significaciones que remiten a valores culturales conocidos y reconocidos. Así una ciudad o un barrio, una casa, un piso, una simple habitación, ordenadas, decoradas de manera que tengan un sentido, y también una casa de campo, un paisaje acondicionados, modelados por un trabajo milenario que no se ha reducido a objetivos estrictamente utilitarios sino que se ajusta también a prácticas derivadas de normas culturales más o menos conscientes: religiosas, morales, estéticas. Se emplea a veces para definir ese entorno la expresión "decorado de la vida". En realidad, se trata de mucho más que un decorado. Es un verdadero universo que es tan indispensable a la condición humana como el de la naturaleza. Por la acción de los símbolos que se expresan en él según el grado de adelanto cultural del sujeto, es, a la vez, un depósito de ideas y de valores encarnados en materias y formas en las que su vida espiritual toma los recursos que le hacen falta para su alimentación, su respiración, sus

movimientos cotidianos y un espejo que devolviéndole a cada instante el reflejo de sus vinculaciones profundas, de sus gustos variables, incluso de sus diversos estados de ánimo, le incita y le ayuda a expresarse y, por ahí, a crear a su vez. En este doble aspecto ese medio ambiente está tan íntimamente unido a la vida cultural del hombre que no se puede separar de ella más que con un análisis y en realidad con una abstracción. En la experiencia vivida uno y otra van indisolublemente unidos.

Pero es un hecho, comprobado en todas partes y copiosamente comentado que, en los países en que triunfa la civilización técnica ese medio cultural está hoy brutalmente perturbado. Y nadie duda de que se encuentren ahí las causas de los desórdenes y de los sufrimientos que, en un tiempo de abundancia y de bienes materiales y de confort sin precedentes, caracterizan a la condición actual del hombre en las sociedades muy desarrolladas.

Mucho más que la literatura que, quizá porque el lenguaje está directamente ligado al orden social, se mantiene, en general, colocada en una perspectiva de continuidad, la música y sobre todo las artes plásticas, sometiendo a dura crítica sus formas tradicionales de expresión, reflejan de una manera eminentemente significativa esa crisis profunda. Por ejemplo, no es por casualidad si la pintura abstracta hizo explosión en el momento preciso en que el hábitat urbano encerraba la vida humana dentro de un universo casi enteramente fabricado, cortado y propiamente "abstraído" lo mismo del patrimonio cultural que de los dones naturales. Pero, al mismo tiempo, como si quisieran compensar en cierto modo esa soledad del hombre al margen del mundo y de la historia, los grandes medios de comunicación crean, por primera vez, con la instantaneidad y la difusión ilimitada de la información y la simultaneidad de los espectáculos, las condiciones de una comunicación de masas sobre la totalidad del planeta y de una mirada total de la humanidad sobre su presente. Cogido entre esas dos tendencias, la de la abstracción y la de la comunión, el arte dramático, esquemático y comunitario a la vez que tiene por instrumento el ademán y el lenguaje se divide en tradiciones estereotipadas y búsquedas confusas.

Esas son otras tantas indicaciones de que hemos entrado en una época de mutación del medio cultural, es decir, de los signos que nos rodean y que en muchos aspectos condicionan nuestro comportamiento; y es indudable que esa mutación exige la creación de nuevos modelos para que se restablezca el equilibrio roto, entre el hombre y su universo inmediato. No estamos sin embargo más que al comienzo del proceso y nadie es capaz de predecir lo que durará, ni sus direcciones probables. Tampoco se puede emitir un pronóstico sobre la parte de adquisición que integrará en definitiva los modelos futuros, salvo que ahí está la historia para mostrarnos que no hay, en fin de cuentas, una solución total de continuidad en el desenvolvimiento de la humanidad. Las fases y las zonas de ruptura han sido siempre de duración y de extensión limitadas.

Pero al menos nos podemos arriesgar a formular algunas observaciones respecto de los enfoques -de las maniobras si se quiere- que parecen recomendarse para iniciar y favorecer el nuevo movimiento de creación del que ha de salir un nuevo medio ambiente cultural en el que el hombre pueda encontrar, sino plenitud -esos momentos momentos son raros en la historia de las sociedades lo mismo que en la de los individuos- al menos holgura y equilibrio.

Pienso que el trabajo de estudiar, de crear y de organizar habría de gozar de preferencia sobre el urbanismo y la agricultura. Porque es en esos dominios donde están situados los problemas fundamentales del medio ambiente cultural y nuestros pensamientos y nuestras costumbres están cada vez más en retraso frente a las posibilidades y a las exigencias del porvenir. Nuestra civilización es, en los países industrializados, una civilización esencialmente urbana, pero la ciudad de la era industrial -y a fortiori de la era postindustrial- está por inventar. Desgraciadamente, en la mayor parte de esos países y sobre todo en los de antigua cultura, el urbanismo está todavía en la fase de las investigaciones teóricas y la arquitectura, arte mayor que domina y condiciona a todas las demás, sigue siendo de una mediocridad de imaginación y de una falta de sentido social deplorable. Importa que se preste a esas cuestiones, entre las cuales mencionaré la de la formación de los arquitectos y la de la organización de la profesión, una atención primordial.

Las demás artes seguirán, naturalmente. Porque es la ciudad la que ordena, según sus necesidades, el monumento, el teatro, la ópera, la sala de conciertos y es el muro el que determina el fresco y el cuadro, y es la casa o el apartamento los que piden, acogen o rechazan la biblioteca, la escultura, el mueble, la alfombra, el ornamento.

Añadiré que no es posible limitar el interés hacia las artes del Parnaso clásico. Los grandes medios audiovisuales, cine, radio, televisión, afirman ellos también y cada vez más, su papel cultural.

Por de pronto, naturalmente, a causa de la prodigiosa difusión que son capaces de dar a las obras en las que ponen atención. Esta difusión unida a la que permite el desenvolvimiento paralelo de las técnicas de grabación gracias a las cuales el espíritu se evade de los lindes del instante en que el mensaje de los grandes medios de información está generalmente encerrado, ha trastornado ya las condiciones de la vida cultural extendiendo el acceso a las artes a todas las clases de la sociedad y a todas las edades de la vida como se puede ver sobre todo en la música.

Pero los grandes medios de comunicación no son sólo, como se dice demasiado a menudo, medios de difusión; son también capaces de ser utilizados para la auténtica creación estética. Poseyendo la originalidad de acudir a la imagen más que al signo y dotados de una capacidad sin igual de suscitar una emoción comunicativa, ofrecen grandes posibilidades de expresión artística que no han sido aún explotadas más que de una manera imperfecta. Se reconoce que el cine es un arte. Pero los medios de la radio y de la televisión, de renovación del arte dramático, no les son inferiores. Basta que una y otra, con el estímulo del público, dejen de contentarse con "difundir" teatro, literatura o cine.

El aspecto cultural de los problemas del medio ambiente integral

Esas son las principales observaciones que quería hacer sobre los problemas del medio cultural propiamente dicho. Pero falta mucho

para que la determinación de ese medio cultural abarque todas las cuestiones de índole cultural que lleva consigo la problemática del medio ambiente en su conjunto. Como el hombre forma parte integrante de la naturaleza, las relaciones que mantiene conscientemente con el hecho natural, en sí mismo y en el mundo, son tan reveladoras de los valores a que está adherido y del sentido que da a su existencia y a su experiencia, como sus relaciones, de una intimidad siempre ambigua por su misma ambivalencia, con el patrimonio que le envuelve como una túnica de Nesos.

Desde este punto de vista el deterioro del medio natural y, más aún la alienación de una parte cada vez mayor de la población de los países industrializados en relación con ese medio ambiente constituyen perjuicios directos, que pueden ser muy graves para la cultura. ¿Qué noción de la pureza puede el hombre concebir, si el aire que respira, el río en que se baña, el cielo que contempla, si los elementos de su vida la más instintiva no le dan de ello una impresión espontánea? ¿Qué secretos podrá escuchar en sí mismo si le es negado el silencio exterior? ¿Cómo recogerse dentro del tumulto? ¿Cómo será posible encontrar su intimidad dentro de la agitación de un movimiento desordenado? ¿Y hacia qué descubrimientos encaminarse, fuera de sí mismo y qué maravillas buscar en un mundo en el que hay tantas especies animales en vías de desaparecer, en el que la vegetación se aleja cada vez más de nuestras casas, en el que el hombre se enfrenta cada vez más con los productos y las marcas de su oprimente presencia?

Los problemas de la protección de la naturaleza son indudablemente de otra índole que los de la protección y el pleno desenvolvimiento de la cultura. Y en sus consecuencias biológicas presentan sin duda alguna un carácter más directo y a los ojos de muchas personas más imperioso que los que acabamos de indicar. Pero llevan también consigo repercusiones culturales de extremada importancia que no se han de perder de vista si no se quiere estar gravemente equivocado acerca de la amenaza que pesa sobre los países industrializados.

Las repercusiones de las importaciones de tecnología unidas a transferencias de modelos socioculturales extranjeros en la cultura

En los países en vías de desarrollo las repercusiones del progreso tecnológico en el conjunto de la sociedad es naturalmente menor. En muchos casos no pasa de ciertos islotes en que la irradiación se produce lentamente. No deja por ello de plantear graves problemas desde el punto de vista cultural por el hecho de que esa tecnología e incluso, hasta cierto punto la ciencia de la que procede son productos importados. Introducidas demasiado a menudo sin miramientos, sin haber tomado la precaución de asegurarse de la capacidad de asimilación y de las disposiciones de la comunidad que es su sujeto, las transferencias de tecnología, incluso cuando no tropiezan con resistencias caracterizadas, producen a menudo graves perturbaciones en los valores y en los comportamientos culturales existentes. Perturbaciones que son aún más considerables porque los valores y los comportamientos unidos al contexto socioeconómico extranjero de donde procede la tecnología importada difieren de los del medio en que esa tecnología se ha de insertar.

La ayuda al desarrollo, bilateral o incluso internacional y aun los planos de desarrollo de los países que han recurrido a esas transferencias de tecnología no prestan bastante atención a ese aspecto de las cosas. Y se trata sin embargo de un aspecto esencial porque, aparte de que la eficacia de la aportación exterior depende de que sea plenamente asimilada no sólo en cuanto a las modalidades de su utilización sino también en cuanto a sus razones, lo que se gana en poder y en ventajas económicas puede resultar un mal negocio comparado con lo que se pierde a causa de los desórdenes que se crean en el dominio de los valores, en forma de distorsiones o de tensiones sociales, de trastornos y de inestabilidad de los espíritus con todo lo que eso lleva consigo de riesgos en el terreno de la política. Sobre este punto las ciencias sociales han hecho ya numerosas observaciones y llevado a cabo análisis útiles. Los planificadores del

desarrollo y los responsables de los programas de ayuda podrían evitarse muchos contratiempos si recurriesen más a sus luces antes de emprender transferencias de tecnología de las cuales no han estudiado a menudo más que los aspectos técnicos y económicos.

La solución fundamental consiste, evidentemente, para los países en vías de desarrollo en implantar la ciencia y la tecnología en su sociedad de manera tal que adelanten siguiendo un proceso autónomo y no a fuerza de importaciones extranjeras. Esto plantea naturalmente problemas de organización y de recursos pero lleva sobre todo consigo un problema de aculturación. El desarrollo es el estado de civilización en el que la ciencia, dejando de ser una actividad privilegiada o extranjera, penetra en el tejido social para convertirse progresivamente en cultura de todos. El problema no es radicalmente diferente de aquél con que tropiezan los países industrializados porque, como hemos hecho observar a propósito de esos países, la incultura del conjunto de la población respecto de la ciencia puede coincidir con una organización científica muy adelantada, en la que no participe, con conocimiento de causa, más que una reducida minoría. Pero los países en vías de desarrollo adolecen de una inferioridad más porque la ciencia, en numerosos casos, representa una aportación exterior. Se presenta luego con una coloración que produce el efecto, por las reacciones a veces negativas que provoca, de que sea más difícil y más complejo asimilarla.

La implantación de la ciencia y su aculturación no pueden ser en esos países, incluso en el caso de revoluciones sociales y culturales radicales, más que el fruto de una acción en profundidad, a largo término. Entretanto, como no pueden prescindir de importar la tecnología necesaria para modernizar su economía, los países importadores de tecnología se han de guardar muy bien de adoptar sin discernimiento modelos socioculturales que, en sus países de origen, constituyen el marco de esa tecnología y de su aplicación. Sin lo cual corren el peligro de pagar el desarrollo con la degradación sino con la pérdida de sus personalidades culturales.

Lejos de buscar en una imitación mecánica de las concepciones y de las maneras de vivir extranjeras el secreto del poderío y de la prosperidad, importa que, antes de introducir esas ideas y esas

costumbres, vean concienzudamente si son aplicables a las condiciones y a las necesidades propias de esos países. En la mayor parte de los casos ese examen les indicará que se imponen revisiones, y adaptaciones más o menos profundas, porque no hay verdadero progreso más que en el progreso endógeno. De su capacidad para efectuar los ajustes necesarios dependerá en definitiva su suerte material y moral.

Las posibilidades de que el Tercer Mundo contribuya a la invención cultural

¿Por qué se han de mantener, en verdad, en esa actitud receptiva y defensiva en la que lo mejor que se puede esperar es evitar o reducir la pérdida inevitable de autenticidad cultural? ¿Por qué su atraso tecnológico ha de engendrar en su espíritu un sentimiento paralizante de inferioridad en el terreno de la cultura, cuando salga completamente a luz la crisis espiritual de que son víctimas los países industrializados? Cuando éstos están buscando afanosamente nuevos modelos de civilización ¿por qué los países en vías de desarrollo, liberados definitivamente de sus complejos en este punto y en los demás, no han de entrar resueltamente por el camino de la invención cultural? ¿Por qué cuando invocan sus culturas las han de presentar esencialmente bajo el aspecto de tradiciones o de un folklore de edades pasadas como si no fuesen por ellos más que un refugio al margen de la vida donde ponerse a cubierto de los asaltos del presente? Es hora ya de que recobren confianza en sus capacidades creadoras, de que adquieran conciencia de lo que puedan aportar, de nuevo y de original, en un mundo desamparado que busca por todas partes recetas de felicidad y normas de salvación inéditas.

Soy, en todo caso, de los que piensan que después de su emancipación política sus mejores posibilidades de afirmarse residen en el dominio de los valores y de la expresión cultural sin que por ello dejen de cooperar armoniosamente con el resto del mundo.